

Cp. F. XIII
12

DOS POESÍAS.

Imprenta y Librería de...

DOS POESIAS

PREMIADAS

EN EL CERTAMEN DE 1881

A su Distinguido paisano el

Dr. D. Maximo Suertes Arvedo,

DE 1883

como prueba de consideracion

y afectuosa simpatia

El Autor

MADRID.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE N. MUYESA,
Calle de Toledo, núm. 19.

1883

Bernardo Acevedo y Huelves.

DOS POESÍAS

PREMIADAS

EN EL CERTÁMEN DE 1881

Y

EN LOS JUEGOS FLORALES

DE 1883,

CELEBRADOS EN OVIEDO.

MADRID.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE M. MINUESA,
calle de Juanelo, núm. 19.

1883.

A-1881368012

R. 2198

ADVERTENCIA.

Las poesías contenidas en este pequeño libro son de propiedad del autor. No se permite su reproducción ni su venta en ninguna parte sin el consentimiento expreso del autor. Las poesías más brillantes de la historia de Asturias y aun pudiere decirse de la historia de España. La primera composición, titulada Asturias, fue remitida por el autor, que se encontraba bajo el pseudónimo de Barón de Ovechete, al certamen público convocado por la Universidad Literaria de Oviedo para celebrar el segundo Centenario de Calderón de la Barca. El jurado, compuesto por los Sres. D. Adolfo A. Baylla y Alegre, D. Félix de Aramburu y Zuloaga, D. Innocencio Faustino de la Vallina, D. Rogelio Jove y Bayo y D. Luis Muñiz Miranda, se sirvió adjudicar al autor el premio ofrecido por la Academia Ovetense de legislación y Juris-

ADVERTENCIA.

Dos poesías solamente contiene este pequeño volúmen, consagradas á recordar las dos páginas más brillantes de la historia de Asturias, y aun pudiera decirse de la historia de España.

La primera composicion, titulada *Asturias*, fué remitida por el autor, que se ocultaba bajo el pseudónimo de *Baron de Overcade*, al certámen público convocado por la Universidad Literaria de Oviedo para celebrar el segundo Centenario de Calderon de la Barca. El Jurado, compuesto por los Sres. D. Adolfo A. Buylla y Alegre, D. Félix de Aramburu y Zuloaga, D. Inocencio Faustino de la Vallina, D. Rogelio Jove y Bravo y D. Luis Muñiz Miranda, se sirvió adjudicar al autor el premio ofrecido por la Academia Ovetense de Legislacion y Juris-

prudencia, consistente en un diploma de mérito. La segunda poesía, *La hoz de la venganza*, fué también remitida por el autor á la Sociedad Económica Ovetense de Amigos del País, con motivo de los juegos florales y certámen literario, cuya celebracion habia acordado dicha ilustrada Corporacion para el dia 22 de Setiembre de este año.

Componian esta vez el Jurado los señores D. Félix Cantalicio de Vallina, D. José Posada Huerta, D. Antonio Castañon, D. César Argüelles, D. Adolfo A. Buylla, D. Félix de Aramburu, D. Leopoldo Alas, D. Víctor Ordoñez, D. Marcelino San Roman, D. Juan María Acebal y D. José María Florez, quienes concedieron al autor el premio costeado por la Excelentísima Diputacion Provincial de Oviedo, consistente en un ejemplar de la Guerra de la Independencia, por el Conde de Toreno, lujosamente encuadernado.

No consigno estos hechos para alabanza propia, ni menos impulsado por el demonio de la vanidad, que jamás me ha tentado. Hágolo

para aprovechar la ocasion, que creo oportuna, de dar gracias á los señores que formaron ambos Jurados, por la benevolencia de sus juicios en favor de mis pobres versos; y para disculparme á los ojos del lector, de que me haya atrevido á ofrecer en un volúmen estos dos trabajos míos, los cuales hubieran quedado, como tantos otros, en el rincon del olvido, si el fallo de aquellos señores no hubiera venido á autorizar, por decirlo así, su pasaporte para los mundos de la publicidad.

En cuanto á la justicia de estos fallos, ¿para qué hablar de ello? Yo, que he ganado los pleitos, debo ser el primero en declarar este punto *indiscutible*, invocando el respeto á la santidad de la cosa juzgada.

He de confesar, sin embargo, que los fundamentos de tales acuerdos, han debido encontrarse, más que en los Códigos de la Literatura, en otros, acaso superiores, y principalmente en uno que consagra todos sus preceptos al amor santo de la patria.

B. ACEVEDO Y HUELVES.

ASTURIAS

A MI QUERIDO AMIGO

D. FERMIN CANEJELA Y SEGALDES

como testimonio de entrañable afecto

El Autor.

ASTURIAS.

Á MI QUERIDO AMIGO

D. FERMIN CANELLA Y SECADES,

como testimonio de entrañable afecto

El Autor.

ASTURIAS

Al través de los siglos todavía
los valles guardan ecos de tu gloria
y gritos de entusiasmo y alegría
y cantos y rumores de victoria.

Desde León al mar
y desde el Bo al Sella,
con una sola mirada,
lector, abarcar pudieras
pudieras creyendo
y con el alma suspensa,
viendo en el rincón de España
donde la naturaleza
condensó todo lo bello
de la creación entera,
desde la sombra del valle
hasta el sol que centellea,

ASTURIAS.

Al través de los siglos todavía
los valles guardan ecos de tu gloria,
y gritos de entusiasmo y alegría
y cantos y rumores de victoria.

I.

Si desde Leon al mar
y si desde el Eo al Sella,
con una sola mirada,
lector, abarcar pudieras,
quedarías encantado
y con el alma suspensa,
viendo aquel rincon de España
donde la naturaleza
condensó todo lo bello
de la creacion entera,
desde la sombra del valle
hasta el sol que centellea,

desde el monte gigantesco
 hasta la escondida arena
 y desde la gota de agua,
 que se filtra de las nieblas,
 hasta el mar que se retuerce
 bramando con las tormentas.
 ¡Ese rincón es Asturias!...
 ¡Cuán grato al oído suena,
 para un desterrado, el nombre
 santo de la patria!... ¡Vedla!
 Esos altísimos montes
 que hasta las nubes se elevan
 y que en las nubes ocultan
 sus accidentadas crestas,
 más que por sus dimensiones
 son grandes por su belleza...
 Aquí un monolito inmenso,
 quizá un altar de los celtas,
 que se inclina hácia el abismo
 y al abismo nunca llega;
 allí un bosque impenetrable,
 bosque de verdura eterna,
 donde altivo crece el roble
 entre salvaje maleza...
 Acá una fuente que nace
 entre flores y entre yerba;
 allá un torrente que salta
 y que, loco, se destrenza
 en vistosa catarata

y entre abismos se despeña...
En aquella encina un mirlo;
desde ese risco pasea
su avizor mirada un buitre
hambriento, que busca presa,
mientras sus garras afile
en la arista de las peñas;
arriba el trueno rebrama;
los lobos el bosque atruenan;
entre sus robustos brazos
lleva el oso una colmena;
hoza el fiero jabalí
las entrañas de la tierra,
y las palomas arrullan,
y gañe la zorra hambrienta.
El vendabal que, furioso,
contra los riscos se estrella,
repite en ecos terribles
los bramidos de las fieras,
el restallar de las aguas
y el silbar de las tormentas!
Esta imponente y grandiosa,
esta salvaje belleza,
contrasta con lo apacible
de aquellas frondosas vegas
que al pié del monte se ven
alegres y pintorescas.
Si coronan la montaña
encinas, rocas y breñas,

pósanse en el valle grupos
de bellísimas aldeas,
con sus hermosas casitas
tan blancas como azucenas,
ocultas entre el follaje
de pomaradas inmensas.
Si el vendabal en el monte
troncha encinas gigantescas,
los céfiros en el valle
amorosamente juegan;
si aulla el lobo en la montaña,
bala el cordero en la aldea,
y trinan, enamoradas,
las vistosas oropéndolas.
Si arriba el torrente salta
sobre carcomidas peñas,
allá, en el valle, los ríos
mansamente culebream
sobre lecho de espadañas,
entre floridas riberas.
Si el trueno allá, rebramando,
el corazón amedrenta,
en el valle le conmueven
las alegres cantilenas
de la enamorada niña
que dá al viento sus querellas,
ó los suspiros amantes
del galán que la corteja
ó las dulcísimas notas

de la gaita bullanguera!
Asturias!... Desde tus montes
se ven mejor la grandeza
y la majestad de Dios!...
El arte que tanto crea
podrá fabricar altares
portentosos; pero mengua
del arte serán, delante
de estas obras gigantescas
que son altares grandiosos
que Dios formó y Dios sustenta.
Tienen por bóveda el cielo,
por pavimento la tierra
tapizada de verdura
y cuajada de florestas,
florestas, cuyos aromas
como el incienso se elevan,
en espiral invisible,
llevando en su seno envueltas
esperanzas, dudas, lágrimas,
oraciones y promesas.
El sol alumbra las naves
de esta magnífica iglesia,
cuyos pilares inmensos
remóntanse á las estrellas!...
Detrás el mar se arrodilla...
y la creacion entera
con sus gritos, con sus cantos,
sus palpitaciones trémulas,

sus íntimas atracciones,
sus dulces eflorescencias
y todas sus armonías,
proclama la omnipotencia
de Aquel que vistió los campos
y que encendió las estrellas.

II.

Montes, valles, precipicios,
fuentes, rios, cataratas,
encinas, robles, castaños,
olmos, alisos, aliagas,
villas, pueblos, caseríos
entre praderas lozanas;
cerezas que colorean
y entre follaje se engarzan,
al modo que los granates
se mezclan con esmeraldas;
aves que trinan alegres,
flores que el aire embalsaman,
luz nadando en el espacio,
mar de extension azulada...
¡Asturias!... Esa es Asturias!!!
Esa es mi querida patria,
la que yo nunca recuerdo
sin bendiciones y lágrimas!

En ella he visto la luz,
en ella corrió mi infancia,
en ella también nacieron
mis primeras esperanzas,
esperanzas que ya tengo
mucho tiempo hace enterradas!

Allí amé por vez primera
con todo el fuego del alma
y allí arranqué los primeros
sones discordes al arpa,
sintiendo la pesadumbre
de misteriosas nostalgias;
y... ¡ay! ¡allí tengo enterrados
á dos pedazos del alma!!!

Asturias!... Vedla!... Esa es...
valles, colinas, montañas,
rios, praderas floridas,
graciosos grupos de casas,
entre las cuales, la torre
de la iglesia se levanta,
y el destrozado castillo,
que desplomarse amenaza,
y que nos enseña á todos
cómo la grandeza acaba.

¡Asturias!... Vedla!... Esa es!...
Grande y rica por sus galas
es más rica todavía
por los tesoros que guarda.

No hay allí monte, ni peña,

ni fuente, ni encrucijada
 que no despierte el recuerdo
 de alguna heróica batalla;
 de los amores de un rey
 prisionero de su esclava;
 de las traiciones de un conde;
 de algun pastor las hazañas,
 de tradiciones moriscas
 ó sabrosos cuentos de hadas.
 Los pueblos que desde Túbals
 pisaron estas comarcas,
 dejaron todos reliquias
 de sus creencias extrañas:
 gritos, cantos, tradiciones,
 diademas despedazadas,
 ruinas de su poderío
 ó supersticiones vanas.
 Al oír el *ixuxú*
 que aún alegra nuestras danzas,
 os creeríais trasportados
 á algun bosque de las Galias,
 donde el sacerdote druida
 con su sobreveste blanca,
 con su luenga cabellera,
 partida y entrelazada
 con hojas verdes de encina,
 al Dios *sin nombre* invocaba
 rasgando con su cuchilla
 las palpitantes entrañas

de la víctima que ató
sobre las sangrientas aras.
Todavía en nuestros bosques
Licaon, aullando, brama,
y en las alegres florestas
triste Filomela canta.
Habitan nuestras riberas
aún las *Ondinas* germánicas,
y en la encina que corona
la cresta de la montaña
nuestros viejas *Lavanderas*
tienen segura morada,
como en la encina de Grecia
la tuvieron las *Driadas*.
Aún las antiguas *Neréidas*
que de perlas coronadas,
desde el cristal de las fuentes
al fondo del mar bajaban,
viven en nuestros arroyos
y en nuestras fuentes más claras,
hilando madejas de oro;
¿sabeis quienes son? Las *Xanas*.
En medio de nuestras selvas
y en nuestras encrucijadas
palpitantes los *Bugosos*
acechan á la aldeana
que vuelve sola del prado
cuando el dia ya se acaba,
y nuevos *Sátiros*, caen

sobre la pobre muchacha,
y la estrechan y la besan
y, sin clemencia, la arrancan
el color de las mejillas
y el brillo de sus miradas!
¡Pobres niñas que, llevando
entre los labios el alma
para dar á no sé quién
que ellas entre sueños aman,
mueren, llenas de amargura,
sin conocer al que aguardan!!!
Aún en el viejo castillo,
fortaleza derrumbada
sobre cuyas ruinas crecen
la hiedra, el musgo y la zarza,
se oyen ruidos de cadenas,
gritos del fondo del alma,
melancólicos acentos
que expresan quejas amargas;
y aún, al fulgor de la luna,
se ven figuras extrañas,
almas, acaso, de reinas
adúlteras, castigadas
á vagar eternamente
entre piedras solitarias,
que mudas vieron un día
con su vergüenza, su infamia.
Aún del cementerio salen
procesiones y fantasmas

y *almas en pena* que vuelven
á purgar alguna falta,
ó á pedirnos oraciones,
ó á arrancarnos una lágrima!...
Aún la noche de los sábados
las *brujas* de esta comarca,
en infernal aquelarre,
hácia Sevilla se marchan.
Aún el malicioso *Trasgo*
con su gorra colorada
y su burlona sonrisa
y su estatura de á cuarta,
como un diablillo travieso,
se cuela por nuestras casas,
y ora rompe los pucheros,
ora el ganado desata,
ó con infernal estrépito
el argadillo devana.
En el albor de San Juan
á nuestra vista el sol baila,
y la blanca mariposa
nos predice nuevas gratas.
La *lechuza* que se queja,
el *perro* que aulla y presagia,
el *meteoro* fugaz
que corre y arde y se apaga
en el espacio, y el *fuego*
fátuo, que un punto se alza
y en cien luces se divide

que corren y que se paran,
que juntas de nuevo suben
y fosforecen y escapan
hasta perderse de vista
detrás de alguna montaña;
el ojo medio *entreabierto*
del difunto... ¡ay! nos presagian
que algun amigo ó alegre deudo,
tiene la muerte cercana...
¡Como si cada mortal
consigo no la llevara!...

En la fuente cristalina
que sombrea la enramada
se vé, en las tranquilas noches,
una mortecina llama,
luz misteriosa encendida
por las bellas *Atalayas*,
que esconden ricos tesoros
en sus preciosas moradas.
Aún el *Nubero* sombrío
sobre las nubes cabalga
y envía hácia donde quiere
lluvia, granizo y escarcha.
En el aire y en el cielo,
en los montes y en las aguas,
en las vistosas florestas
y en la pradera lozana,
en la vieja fortaleza
y en todas partes, el alma

de los asturianos vé
seres fantásticos, hadas
misteriosas, y creencias
que suspenden y que embargan
el ánimo del curioso,
que pretende escudriñarlas.
Añadid á estas bellezas
la *foguera*, la *esfoyaza*,
la graciosa *giraldilla*,
la *danza-prima*, la gaita
que alegra los corazones
desde Llanes hasta Navia;
los cantares melancólicos
de la *Virgen Soberana*,
válgame el Señor San Pedro,
ese gran Señor me valga,
y los idilios de amor
de mozos y de zagalas;
y comprenderáse entonces
por qué al dejar á la patria
dejamos en ella siempre
la mitad ó toda el alma.

¿Qué mucho que el *paisanin*
que vá á Madrid ó á la Habana
sienta esa amarga tristeza,
esa angustia y esas ansias
de volver pronto á vivir
en sus queridas montañas?
¿Qué mucho, que, ausente de ellas,

derrame abundantes lágrimas,
 y le consuma el dolor,
 y le mate la nostalgia,
 si ni Cuba, ni Madrid
 tienen aire de la patria,
 ni aquellas casas alegres
 de flores y hojas rodeadas,
 ni se canta en esas tierras
 como en Asturias se canta,
 ni hay *fogueras* en las fiestas,
 ni *giraldilla*, ni gaita?
 ¡Ah! ¡Dichoso el asturiano
 que no conoce otra patria!...
 ¡Dichoso el que vive en ella,
 y quien, al morir, alcanza
 un lugar entre las tumbas
 donde sus padres descansan!!!

III.

Salud, Asturias, mientras que tú existas
 tendrán la gloria y la hidalguía patria:
 y en tanto aliente alguno de tus hijos
 bendiciones tendrás y tendrás lágrimas.

(De un poema inédito)

Asturias! Adorada patria mia:
 si eres rica en bellezas naturales,
 si el monte enhiesto, si la selva umbría,

los espesos jarales,
el manso lago, la tranquila fuente,
la gruta misteriosa, el hondo río,
los pájaros, las flores y el torrente,
nos dicen que agotó su poderío,
en adornarte el Dios Omnipotente!...
Si la *Atalaya* esbelta
envidia siempre fué del hada celta;
si el *Bugoso* terrible y el *Nubero*
lo fueron de *Silenos* y de *Eolos*,
y el *Trasgo* que revuelve al mundo entero,
del misántropo *Gnomo* de los polos;
si tus hijos son tipos de nobleza
y altiva dignidad, y tus mujeres
modelos de dulzura y de belleza,
más que por todo ¡oh patria mia! eres
grande por tu heroísmo,
inmortal por tu historia,
espejo del valor y del civismo,
y madre y cuna y templo de la gloria,
gloria que tiene altares
en el pecho asturiano,
y culto en los dulcísimos cantares
que allí entonan el niño y el anciano.
¿Qué pueblo de la tierra
escribió en sus anales
páginas tan grandiosas é inmortales
como la historia de mi patria encierra?
Asturias! Adorada patria mia!

tú humillaste del César las legiones,
cuando ataba á su carro fulgurante
poderosas naciones
de Occidente y Levante,
del Norte y Mediodía....
Tú que has sabido un día y otro día
llevar el heroísmo
casi hasta la demencia,
y robar á la muerte y al abismo
los fueros de tu santa independencia!
Pueblos grandes, alzad vuestros pendones,
abrid vuestras historias,
contad, una por una, las victorias,
contad, uno por uno, los florones
que guardan; é inclinad vuestra cabeza
ante el santo pendon de Covadonga,
que no hay grandeza igual á su grandeza,
ni gloria que á su gloria se anteponga!
Cuando por la traicion vendida España,
el feróz africano
salvó el estrecho que sus costas baña
y se hizo de Castilla soberano,
Cádiz, Sevilla, Córdoba, Valencia,
Toledo la imperial.... se sometieron,
olvidando quizá su independencia....
Ante las medias-lunas agarenas
inclinaron su frente
y roja de vergüenza la sintieron,
que la sangre que ardía por sus venas

era sangre española aunque impotente.
 ¡El moro entona de victoria el canto!
 Dejadle que, como ave de rapiña,
 vaya tiñendo en sangre la campiña,
 vaya llevando á los hogares llanto;
 Djadle ir; por que allá en el horizonte
 descúbrese la cima del Auseva...
 Mahoma allí le lleva...
 El monte no va á él..... él irá al monte...
 Dejadle ir.... En la cresta encaramados,
 ó entre inmensos peñascos escondidos
 están los esforzados
 astures; pocos son y mal armados,
 mas son duros, tenaces y aguerridos...
 Ya llega el moro al pié de la montaña
 y bien pronto se escucha,
 tras los gemidos de la pobre España,
 el fragoroso estruendo de la lucha.
 A las flechas moriscas, respondía
 el peñasco lanzado
 desde el monte; á la fiera algarabía
 del musulman, y á sus aullidos broncos,
 los desgajados troncos
 que el astur esforzado
 tambien desde la cima despedía,
 cual máquina infernal que se alejase
 y en su seno llevase
 asombro y estupor, ódios y muerte,
 ley terrible y funesta del más fuerte.

Si el diablo protegió á los Agarenos
por ser más, en Castilla, que los buenos,
en Covadonga el montañés terrible
al infierno enseñó que es invencible
el pueblo que levanta
su honor, su independendencia sacrosanta,
su propio corazon, hasta los cielos;
y que no hay tiranía que no acabe,
pese á los tiranuelos,
cuando se alza la frente
y se enseña á morir á quien no sabe
vivir honrado, libre, independiente.
¡Hurra, mi Asturias! Al rabioso grito
de los moros, ya casi destrozados,
respondan esos montes de granito,
rodando en la pendiente, despeñados...
¡Hurra! asturianos, guerra!
Ya más de la mitad están en tierra,
el trueno los espanta,
el rencor les anuda la garganta!...
Ya van despavoridos!...
¡Victoria!... Montañeses aguerridos!...
¡Vencísteis al leon de los desiertos,
avezado al combate y á la gloria...
¡Ya hay patria!. ¡Ya hay honor! ¡Paz á los muertos!!!
Sois el pueblo más grande de la historia.

Si el diablo protegió á los Agarenes
 por ser más, en Castilla, que los buenos,
 en Covadonga el montañés terrible
 al infierno enseñó que es invencible
 el pueblo que levanta
 su honor, su independencia sacrosanta
 su propio corazon, hasta los cielos;
 y que no hay tiranía que no acabe,
 pese á los tiranuelos,
 cuando se alza la frente

LA HOZ DE LA VENGANZA.

y se enseñó á morir á quien no sabe
 vivir hoy por el mañana.
 ¡Hura, en Asturias! Al rabioso grito
 de los montes, ya casi destrozados,
 respondían esos montes de granito,
 tocando en la pendiente, despeñados...
 ¡Hura! asturianos, hura!
 Ya más de la mitad están en tierra,
 el trueno los espanta,
 el rencor les sunda la garganta...
 Ya van desparvoridos!...
 ¡Victoria!.. Montañeses agueridos!
 ¡Venid al leon de los desiertos,
 azeado al combate y á la gloria..
 ¡Ya hay patria! ¡Ya hay honor! ¡Pas á los muertos!!
 Sois el pueblo más grande de la historia.

AL DISTINGUIDO CATEDRÁTICO

DE LITERATURA,

D. HIPÓLITO CASAS Y GOMEZ DE ANDINO,

dedica este trabajo en prueba de amistad,

B. Acevedo y Huelvos.

LA ROJE DE LA VENGANZA

Una vez, alabando los jueces
que ha mucho tiempo el mundo se
vuelto los ojos, siempre se
por el vapor de las palabras
sólo la pobre que que en
todas mis pensamientos
y le pido que quien
no un hijo de amor é
ni la fructo
sino el canto
que es hijo y
y ruido
y grito de
de
porque los

LA HOZ DE LA VENGANZA.

I.

Otra vez, olvidando los pesares
que ha mucho tiempo el corazón embargan,
vuelvo los ojos, siempre oscurecidos
por el vapor de las ardientes lágrimas,
hacia la pobre lira que, en silencio,
todas mis pesadumbres acompaña,
y le pido que vibre cadenciosa,
no un idilio de amor ó de esperanza,
ni la fúnebre endecha de las tumbas,
sino el canto glorioso de la patria
que es idilio y endecha á un mismo tiempo,
y ruido estrepitoso de batalla,
y grito de entusiasmo, y clamoreo
de inmortales victorias legendarias;
porque las tristes notas armoniosas

que, pasando, los céfiros le arrancan, son notas que se pierden en el aire, son vibraciones débiles y vagas. Yo quiero oír su voz altiva siempre, como la voz potente de cien arpas, darme acentos que llenen de armonía los valles y los bosques de mi patria, que venzan el bramido de los mares, que salven las altísimas montañas, y tierra, y mar, y espacio y todo cante las inmortales glorias asturianas!

Otra vez, lejos de la hermosa aldea donde corrió fugaz mi alegre infancia, fijo los ojos, de llorar cansados, en la luna, esa reina solitaria de las sombras, y creo ver en ella los valles asturianos, las montañas, el roble secular, la verde encina, rios inmensos, rugientes cataratas y el mar de nuestra costa que revela el génio del astur de la Cantábria, rudo, altivo, indomable como fueron los padres que engendraron nuestra raza.

¡Cuántos recuerdos á la mente en esas horas de silencio asaltan! El canto de mi madre que me arrulla; los cuentos de los *trascos* y las *xanas*; aquellos sueños de color de rosa que en un momento nacen y se apagan;

aquel delirio del amor primero tan lleno de sonrisas y esperanzas; aquel fuego que late en las artérias que llena el pecho y que la frente abrasa, Y los adioses que envueltos en sollozos damos acaso á la mujer amada... ¡Cuántos, cuántos recuerdos de alegrías, de profundos pesares y de lágrimas!!! Ante las ruinas del feudal castillo, al fulgor de la luna, yo evocaba, en otros tiempos, las augustas sombras de cien generaciones que pasaran, y en medio del silencio de la noche creía yo escuchar estas palabras, como eco misterioso que saliera del fondo de las ruinas solitarias: —«Aprende tú á morir como los héroes que en esta yerta soledad descansan: la libertad es ley de la conciencia; quien se somete al yugo se degrada...» Ser libre es ser humano; someterse es renunciar á la mitad del alma. Oh! Por la libertad estos murieron y por la independencia de la patria! Aprende tú á morir como los héroes que en esta yerta soledad descansan!

II.

Recuerdos, tristes y alegres,
recuerdos, dejad que os guarde,
donde yo guardo los besos
y caricias de mi madre.
Son recuerdos de mi Asturias,
son recuerdos de mis valles;
son arrullos de la infancia,
y alegrías y cantares;
son esperanzas de mozo,
como los sueños, fugaces;
son lágrimas y suspiros
de la tumba de mi padre,
arrullos, cantos y lágrimas
que no pueden olvidarse,
que en mi corazón palpitan,
que circulan en mi sangre
y que solo con la vida
podrá la muerte arrancarme.
Sin estos recuerdos, fuera
todo mi ser una cárcel
oscura siempre, sin horas
que mis dolores contasen;
días tristes, tenebrosos,
sin mañanas y sin tardes,
y noches sin luz, envueltas

en eternas soledades.

¡Oh pátria! bendita seas! . . .

Dios quiso que fueras grande,
y eres en todo grandiosa,
y en lo más incomparable.

Todos los climas del mundo

Asturias en tí juntaste
en las vegas, las montañas
y los pintorescos valles.

Vése la nieve perpétua
en los montes de Pajares,
y al pié del monte se ven
floreillas tropicales.

Si tiene el mar en la costa
peñascos insuperables
siempre azotados con furia
por espumoso oleaje,

en el corazon del bosque
cristalina fuente nace,

espejo en que las pastoras
se detienen á mirarse,

y no hay artista en el mundo
que con sus pinceles trace

la suavidad de las sombras,
la armonía del detalle,

la tibia luz que graduada
va por el fondo alejándose

y el admirable conjunto

de estos grandiosos paisajes.

¡Salud, Asturias! Dios quiso
que fueras en todo grande,
y diste al mundo poetas,
filósofos, capitanes,
oradores, estadistas,
y santos, héroes y mártires.
Y tus vegas son inmensas
y tus montañas gigantes
y transparentes los rios,
tus bosques impenetrables,
y hay en el ambiente aromas,
y murmullos en el aire,
y verdor siempre y frescura
en tus campiñas feraces.
Son bandadas de palomas
tus villas y tus lugares,
grupos de casitas blancas
ocultas entre los árboles,
y en medio se ve la torre
de la iglesia destacarse.
Ay!... Al pié de aquella torre
los domingos por la tarde,
al dulce son de la gaita
se celebra siempre el baile,
y más que bailar cortejan
las mozas y los zagales,
mientras viejos y casadas,
al son de antiguo romance,
forman la danza y recuerdan

las hazañas inmortales
de los héroes asturianos
que en todos tiempos y edades
por la libertad supieron
derramar toda su sangre.
¡Recuerdos santos de Asturias,
recuerdos, dejad que os guarde
donde yo guardo los besos
y caricias de mi madre!

III.

Entre estos romances uno
cantan en algunos pueblos,
con tan febril entusiasmo
y con tanto ardor y fuego,
que el canto parece arenga,
la danza terrible reto.
Son tan marcados los pasos
de esta, y tienen tal acento
de rudeza aquellas voces,
que denuncian su abolengo
los sencillos labradores
con aquel mirar soberbio,
con aquel alzar la frente,
como acostumbran, al cielo,
y con la actitud altiva

que revela al mundo entero
 que el corazon asturiano,
 jamás ha sentido el miedo.
 Háblase en este romance
 de un rey traidor y perverso
 que ocupaba por entonces
 el trono de Recaredo,
 y háblase de un rey de Francia,
 el vencedor de Marengo,
 que más que gran Capitán
 fué jefe de bandoleros.
 ¡Bien sabia este *caudillo*
 que no se conquista un pueblo
 como España por las armas!
 Por eso buscó pretextos,
 fraguó intrigas y traiciones
 para, sin ningun esfuerzo,
 apoderarse ~~á su dia~~ *en un dia*
 del rey, del trono y del reino.
 Entrégase el rey cobarde,
 humillado como un siervo,
 ¡y no murió de vergüenza
 porque temblaba de miedo!
 Mas si él pudo someterse,
 no inclinó su frente el pueblo,
 que en los franceses veia
 tigres con piel de cordero.
 El primer grito de guerra
 salió de asturianos pechos,

que el Marqués de Santa Cruz,
Florez Estrada, Toreno,
Don Ramon de Llano Ponte,
Busto, Ahumada y otros ciento,
indignados, se levantan,
arman todos los concejos,
y declaran guerra á Francia
con tan decidido empeño,
que juran vengar la ofensa
ó perecer como buenos.
Despues, describe el romance
los repetidos encuentros
que franceses y asturianos
muchas veces sostuvieron.
¡Ah! ¡Cuánta sangre vertida!
¡Cuánta muerte y cuánto incendio!
¡Aquí una madre que reza
por todos sus hijos muertos!...
Allí un anciano que anima
al soldado con su ejemplo...
Hasta niños y mujeres
se ven luchando más lejos
en defensa de la patria...
¡Oh! ¡Qué grande es siempre el pueblo
donde el enemigo cuenta
los vencidos por los muertos!

El primer grito de guerra
salíó de asturianos pechos

IV.

Cantaban y yo escuchaba
 con el corazon suspenso;
 y á mi lado un pobre anciano
 tambien escuchaba atento,
 conmovido, tembloroso
 y pálido como un muerto.
 La noche estaba cercana;
 el bosque quedó en silencio;
 mas la danza continúa,
 y el romance vá diciendo:
 «Herido estaba Santiago,
 »herido estaba en su huerto
 »por una espada francesa
 »que le atravesara el pecho.
 »Sangre manan sus heridas,
 »sangre que clamaba al cielo:
 »con él estaba su esposa,
 »que es de hermosura un portentó:
 »son sus lábios dos claveles,
 »sus ojos grandes y negros,
 »y es una vírgen con manto
 »si destrenza su cabello.
 »Un hijo que Dios les diera
 »tambien estaba en el huerto,
 »que si tenia once años

»los doce no eran completos.

»—Déjame, padre, salir
»del enemigo al encuentro,
»que por cada herida tuya
»siete cabezas te ofrezco.

»—¿Quién defenderá á tu madre
»si por desgracia yo muero?

»—Dios querrá que vivas tú
»y Dios querrá darme alientos.

»Tres franceses aparecen
»á su vista, estando en esto.

»La esposa como un león
»quiere abalanzarse á ellos.

»—Vámonos dentro de casa
»y allí nos defenderemos.

»Les cortan la retirada
»los soldados extranjeros.

»Con una piedra el muchacho
»hizo medir á uno el suelo;

»los otros dos se adelantan,
»la madre se pone en medio

»á defender al esposo
»y á defender al mancebo.

»La mujer estaba hermosa
»y los franceses sedientos:

»—Tu amor y os salvais los tres
»y se salva todo el pueblo.

»—¡Infames!—grita el esposo,
»y el muchacho grita:—¡Perros!

»—Vida sin honra—dice ella—
»aquí no la comprendemos.
»A brazo partido luchan
»con coraje y con denuedo.
»Santiago quedó sin vida,
»y su esposa sin aliento;
»el muchacho al verse solo
»saltó la pared del huerto.
»Furiosos aquellos tigres
»ponen un dogal al cuello
»de la mujer, y en la rama
»de un árbol la suspendieron,
»volando aquella alma pura
»con la de su esposo al cielo.»

Apenas acabado este romance, aquel anciano que á mi lado estaba, pálido, conmovido, tembloroso, atento al rudo canto de la danza, recogiendo el aliento que en suspiros pugnaba por salir de su garganta, limpió el amargo llanto de sus ojos y rugió, más que dijo, estas palabras: —Es cierto que escapé cuando ví en tierra á aquellos dos pedazos de mi alma; pero esta hoz que veis, en pocas horas doce veces he visto ensangrentada, que con doce cabezas de franceses comencé aquella tarde mi venganza!

Después luché y maté con tanta furia, — «
 y corrí á los combates con tal ánsia, «
 que en Peñasflor, llorando lo recuerdo, «
 rematé á un pobre herido por la espalda! «
 ¡Así mató un francés á mi buen padre! «
 ¡Yo soy el hijo de la hermosa ahorcada! «
 Esta es la soga que sirvió al verdugo... «
 y esta hoz es *la hoz de la venganza!!* «



